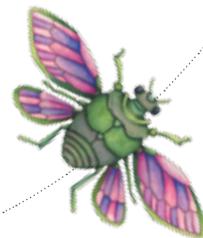
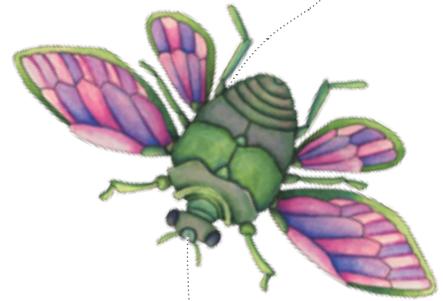


SIEVE
cuentos
imagirantes



Ninah Basich obtuvo el premio único de cuento en el Primer Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Francisco Hinojosa, Javier Malpica y Eduardo Villegas Guevara.

SIEVE
cuentos
imaginantes

Ninah Basich

Ilustraciones: Ricardo García Trejo

foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

Siete cuentos imaginantes
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© María de Guadalupe Basich Moreno, por texto
© Jonathan Ricardo García Trejo, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-590-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/32/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

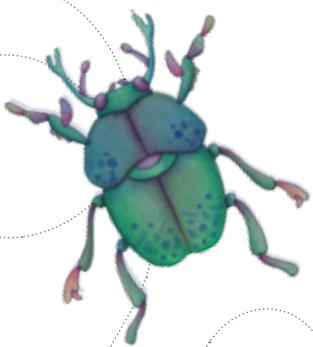


Abre por donde quieras,
mira con curiosidad,
sorprende a los personajes...
Pero cuidado, la lectura te puede atrapar.

Entra de puntitas o con grandes pasos
de cualquier manera, eres mi invitado.







El gran miedo

Terror llegó al salón de primer año como llegan todos los terrores del mundo: arrastrando un poco los pies. En cuanto la maestra lo presentó, en los rostros de los alumnos asomó el asombro. Con enorme curiosidad le siguieron los pasos mientras caminaba hacia un lugar en el fondo del salón.

Ahora era su oportunidad de verle la cara a este niño llamado Terror... pero, quién lo iba a decir, con su acostumbrada lentitud no alcanzaron a verlo de frente y les ha quedado de espaldas. Tal vez consigan describirlo: tiene la boca apretada, la nariz pequeña, rodeada de pecas, y sobre ella se sostienen unos lentes redondos que aumentan el tamaño de sus ojos —que dicho sea de paso miran con potencia—, el cabello con apenas unos centímetros termina en un alto copetín.

Un poco antes de llegar a su sitio, el grandulón de la clase se le puso por delante y le cerró el paso. Terror levantó la vista fijándola directamente en sus ojos. Al ver esos formidables ojos sobre los suyos, el grandulón sintió un estremecimiento que nunca olvidaría, de inmediato se hizo a un lado para dejarlo pasar. Terror siguió caminando hasta el último pupitre, pero un segundo antes de llegar, la voz de la maestra lo detuvo y

ordenó a la fila de la derecha que le cedieran el primer puesto: frente al pizarrón. Al volver sobre sus pasos, indiscretas miradas rozaron su nuca. Sólo una vez volteó hacia atrás para levantar un lápiz que se le había caído, entonces pudo darse cuenta de que a algunos de sus compañeros les temblaban las rodillas.

Las horas pasaron en un misterioso silencio. La maestra desconfió de aquel salón tan calladito y levantó la voz para explicar las sumas. Aún faltaba una hora para salir al recreo, la curiosidad seguía pegada a Terror observando sus movimientos.

Esa mañana, a pesar del silencio, nadie aprendería la lección, excepto, quizá, Terror que ignoraba la inquietud de sus compañeros y atendía a lo escrito en el largo pizarrón.

Por lo visto, llamarse Terror le da cierta confianza. ¿De dónde sacará Terror tanta confianza? Algunos dirán que de su nombre, otros que del aumento de sus lentes, el caso es que parece no temerle a nada, bueno, bueno, a casi nada. Porque le teme a...

El timbre sacó a todos del encantamiento y salieron del salón sin atreverse a mirar de frente al nuevo compañero.

Después de recorrer el patio, Terror se sentó a comer su sándwich justo frente a la reja que rodea el bosque.

Los siguientes días, en el recreo, ocurrió exactamente igual: Terror se sentó a mirar el oscuro bosque. Los compañeros se preguntaban qué tanto miraba en aquella dirección. Después de una semana de preguntas sin respuesta, no aguantaron tanto misterio y fueron a investigar qué veía con tanta insistencia.

—¿Qué miras? —interrogó primero Óscar, un chico pelirrojo.

—¿Las sombras? —dijo Charly.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Nina acomodándose junto a él.

—¿Qué ves? —dijo Álex.

Poco a poco se fueron sentando a su lado. Terror bajó la voz, sin desenganchar la mirada de los árboles y dijo:

—La negrura de la oscuridad.

—¡¿La oscuridad?! —repitieron todos.

—La escurridiza oscuridad —dijo Terror.

—La escurridiza oscuridad... —susurraron.

Y se quedaron quietos con la vista clavada en las sombras que tenían enfrente.

—La oscuridad guarda muchos secretos —dijo Terror—
terribles —recalcó.

Sin darse cuenta, se apretujaron unos con otros alrededor de Terror, quien parecía tener todas las respuestas.

—Al llegar la noche —continuó Terror— la oscuridad se esconde bajo la cama, dentro del clóset o en las esquinas del cuarto, donde se puede ocultar cualquier clase de monstruoso animal con cara horripilante y dientes afilados.

—Las sombras son sus aliadas, la obedecen —dijo Álex.

Si se les pudiera tomar una fotografía, se les verían los cabellos parados, los ojos redondos como soles y las manos apretadas. Se imaginaban toda clase de garras, patas, objetos descalabrados, y alguna que otra fiera escondida bajo las ramas oscuras. Por eso no pierden de vista las sombras de... la escurridiza oscuridad; tan espantosamente negra que no pueden dejar de mirarla.

A partir de ese día, los chicos acompañan a Terror y miran aquella negrura. A veces, se asoman a los redondos lentes de

Terror y les parece fabuloso que no demuestre miedo aunque vea el mundo con tamaño aumento; ellos con sólo imaginar lo que se esconde detrás de esas preocupantes sombras sienten amplificarse los latidos de su corazón.

Más de uno sospechaba que la oscuridad los engañaba.

Terror con voz profunda aseguró:

—La oscuridad nos guiña el ojo con insistencia burlona —señaló con cautela a los árboles—. Creemos que sólo guarda sombras, pero esconde muchas cosas más, si no, porque se empeña en desaparecer al encender la luz.

—¡Oh! —dijo Nina.

—Quizá la oscuridad es un gran agujero que puede tragarnos de un bocado, si se le antoja —explicó Álex.

Y se quedaron en silencio, con la boca abierta, imaginando monstruos enormes caminando alrededor de un formidable agujero negro.

Durante tres semanas han pasado el recreo sentados en el mismo sitio, mirando ya sabemos qué. Hasta que llegó el día de la gran decisión: el sábado por la tarde entrarían al bosque. No era una buena opción ir de día, sabían que la oscuridad no sale de su escondite, sino hasta que llega la noche. Así que irían a sorprender a la escurridiza oscuridad de noche.

—¿Quién se atreve a ir conmigo? —preguntó Terror y estiró la mano.

Los otros chicos, Óscar, Claudia, Nina, Álex y Charly, fueron colocando sus manos encima de la de él; era un pacto de honor: irían al bosque a buscar a la escurridiza oscuridad.

El sábado, a las siete de la noche Óscar y Terror llegaron puntuales, después los gemelos Charly y Álex, luego Claudia, y por último Nina con su perro Marte, que la había seguido desde su casa. Les pareció estupendo entrar al bosque con Marte, pero el perro comenzó a aullar, a gruñir, y no quiso seguirlos; entonces Nina lo mandó de regreso a casa. Por lo visto, estaban solos en la aventura.

—Al entrar ya no tendremos escapatoria —dijo Óscar—, o salimos a salvo o morimos en el intento.

Nina lo vio con disgusto por el rabillo del ojo y oprimió la mano de Terror, pues era el único al que no le temblaban las piernas.

La reja del colegio, que rodea los apretados árboles del otro lado, tenía una abertura; uno por uno fueron escabulléndose por ahí, sin alejarse mucho. Cuando estuvieron del otro lado, el bosque enmarañado, como cabellera de bruja, parecía contemplarlos. Antes de entrar en la maraña de ramas, sacaron cuanto traían en las bolsas para saber cuáles eran sus posesiones: además de comida y agua, traían un pedazo de cuerda, una navaja, una pelota de hule, dos clips metálicos y golosinas; sólo uno de ellos llevaba una lámpara, por lo visto no eran muy expertos en eso de lidiar con la oscuridad. Como nada más había una lámpara decidieron



utilizarla sólo en una emergencia o para encontrar la salida. Aún era temprano y la claridad del día no se había marchado por completo.

El suelo estaba lleno de huellas, de seguro que alguien más había entrado por ese mismo camino, pero no le dieron importancia. Se tomaron de la mano para dar el primer paso. El viento se soltó sobre las ramas y comenzó a estremecer las alturas, se quedaron inmóviles con el susto en la garganta. Enseguida las nubes refunfuñaron, parecía que iba a llover si bien estaban a mitad del verano. Después, sin ningún aviso, un relámpago recorrió el cielo, pegaron un brinco; Charly pisó a Claudia, quien lanzó un grito mayúsculo y de nuevo se asustaron.

El reto era atravesar el bosque hasta salir al otro lado y burlar a la oscuridad, que de seguro vivía en el centro, demostrándole que no le tenían miedo, pues nunca podría atraparlos. No sabían qué tan largo era el recorrido ni dónde estaba la

salida, si es que al otro lado había una salida.

Volvieron a tomarse de las manos, pero esta vez Claudia cambió de lugar, no quería que Charly la



volviera a pisar. Óscar cerró los ojos, se tapó la nariz con la mano libre como si fuera a meterse a una alberca; con los cachetes inflados, llenos de aire, comenzó a caminar. Apenas habían dejado atrás los árboles que rodeaban la reja cuando el aire guardado en sus pulmones se escapó lanzando un sonido terrible que hizo temblar a todos. Esto no iba nada bien.

Terror lo miró con la misma mirada que le había lanzado el primer día al grandulón del salón.

Óscar se agachó avergonzado:

—Lo siento.

Caminaban por entre las gruesas raíces de los árboles escuchando sus pisadas sobre las hojas secas; de pronto, la oscuridad los cubrió totalmente, las ramas taparon el cielo formando un altísimo techo que ocultaba la luz. No se podían ver los propios pies ni los ojos de los compañeros.

Terror pensó si acaso era esa la oportunidad que esperaban las sombras para saltarle encima, para morderle la oreja; aunque también pensó que para conocer al enemigo habría que dejarse atrapar.

Encendieron la lámpara un minuto —¡ésta era una emergencia!—, pero la apagaron enseguida; no podían gastarla así como así —tan cerca de la entrada—, sino hasta que hubiera un gran peligro o arremetieran contra la verdadera oscuridad oculta en el centro del bosque. Apenas estaban conociendo la orilla del enemigo.

Nadie quería parecer cobarde; sin embargo, todos deseaban que la lámpara continuara encendida. El ruido del viento, los sonidos de los insectos y los pájaros, aumentaron. Se podía

escuchar una hoja caer, y eso hizo una, pero con todo y rama, cayendo muy cerca de ellos. Sintieron que los vellitos de sus brazos se paraban alertas y más de alguno tuvo ganas de correr de regreso, pero ya no se veía para dónde era atrás.

Caminaron despacito, pegados unos con otros, abrazados, como si fueran una pequeña pared humana.

Se estaban acostumbrando a no ver nada. Álex se soltó de la mano para atarse la cinta del tenis. Tres pasos más adelante se detuvieron a esperarlo. Pasaron los minutos, no se escuchaba nada; entonces como no distinguían dónde estaba agachado o si ya estaba listo, le hablaron quedito:

—¿Ya terminaste con el tenis?

—¡Anda que es para hoy!

Luego subieron la voz:

—¡Termina de una vez!

—¡Apúrate!

El silencio se les enredó en los pies, nadie contestaba.

—¡No juegues! —dijo Charly, ocultando su preocupación.

—¡Qué lento eres, vamos que se hace tarde! —dijo Claudia disimulando el miedo que sentía.

Como nadie contestaba, Terror investigó quién venía junto a Álex. Nina levantó la mano, pero eso no lo vieron ya que seguían envueltos en los brazos de la oscuridad, entonces explicó que Álex venía junto a ella antes de agacharse a anudarse el tenis. Terror se acercó a tientas hasta Nina, enseguida caminó hacia atrás en la misma dirección para ver si chocaba con él; los otros lo siguieron en fila india, tomados de las manos. Nadie quería quedarse solo.

Ahora sería el momento apropiado para encender la lámpara. La encendieron mientras se agachaban por el suelo haciendo un círculo para buscarlo con las manos extendidas, no encontraron ni rastro.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó su gemelo Charly.

—Desapareció, se lo llevó la oscuridad a su cueva —exclamó Nina.

—Se lo tragó —dijo Óscar.

Bajo los árboles se escucharon todas las variaciones del asombro: ¡Ah! ¡Oh! ¡Oooh!

Terror trató de imponer el orden:

—Nadie desaparece así como así, esto no es cosa de magia... —no pudo seguir hablando porque un aire frío los sacudió.

Se apretaron unos con otros y le insistían a Terror que no apagara la lámpara, temían que la oscuridad también se los llevara...

Unos grititos detrás de ellos repetían: ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu! Creyeron que era un inmenso animal, tan alto que rozaba la copa de los árboles, que volaba de rama en rama sobre sus cabezas y podía atraparlos por los cabellos si le daba la gana.

Los dientes les castañeaban, las rodillas les temblaban y apretaron sus manos torciéndolas junto con las de sus compañeros. Después de un rato, Charly explicó que era una lechuza, pero eso no los tranquilizó mucho.

Nina se sentó en el suelo con la cabeza entre las piernas, ya no quería seguir, no importaba si pensaban que era una cobarde, movió una piedra bajo su pierna para sentarse cómodamente y descubrió el tenis de Álex. Se lo pasó a Charly,





quien, después de meter la nariz en él, reconoció que en efecto era de Álex. Buscaron entre los arbustos y nada, enseguida, sin aviso, la lámpara se apagó, luego se volvió a encender. Los gritos eran cada vez más espantosos.

Terror volvió a imponer el orden:

—Pensemos —dijo—, ¿por qué Álex no pide auxilio?

—Porque le cortaron la lengua —explicó Óscar.

A Nina le dieron ganas de llorar.

También Charly tenía un nudo en la garganta, la estaba pasando mal, después de todo era su hermano quien estaba perdido.

—¿Cómo pudo perderse? —murmuró bajito.

—Cayó a un pozo —dijo Claudia.

—Eso es imposible, entonces habría caído alguien más —explicó Terror, y enseguida—. Si no cayó... entonces lo alzarón... —al decir esto iluminó hacia arriba y todos pudieron ver que Álex colgaba de una cuerda por el pie, atrapado en una trampa para mapaches.

—¡Álex, Álex! —gritaban brincando.

Era inútil, Álex no los oía, estaba desmayado.

Esperaban a que alguno se le ocurriese algo...

Hasta que sin aviso, Charly trepó por el árbol hasta la rama de donde colgaba Álex, por más esfuerzo que hizo no pudo inclinarla, entonces subieron Óscar, Nina y Claudia para ayudarlo y tener más peso para bajar a Álex.

Antes de subir, Óscar le dio su navaja a Terror para que cortara la cuerda mientras inclinaban la rama. Terror jaló a Álex de la camiseta con la mano libre, en la otra traía la lámpara; de

ese modo no podía cortar la cuerda, dejó la lámpara atorada en la rama y cortó la cuerda, al hacerlo todos le cayeron encima.

Álex abrió los ojos un instante y los cerró de nuevo justo cuando la lámpara, que cayó junto a ellos, dejó de funcionar. Durante un largo rato no pudieron moverse, eran un revoltijo de quejas, codos raspados, un pantalón roto, un chichón en la cabeza, dos tenis perdidos y golpes por todos lados. Tomó un buen tiempo volver a recobrar la compostura, se entretuvieron buscando los tenis, sobándose la cabeza y preguntando por Terror, quien había quedado debajo, más bien todos le habían caído encima.

Terror permanecía quieto, acostado en el suelo, con los ojos cerrados, sin sus lentes y con los brazos abiertos. Lo movieron para ver si seguía vivo y sólo escucharon un leve crujido a un lado: los lentes de Terror se rompieron. Claudia intentó prender la lámpara, pero sólo tiritó brevemente dentro del cilindro de metal negándose a funcionar.

Terror se levantó con mucho trabajo, tocándose la cabeza.

—Me duele el ojo —dijo después de un instante.

Ahí fue que las risas se desataron. No podían levantarse de tanto reír; cada vez que alguien se quejaba volvían a estallar las carcajadas.

—Me duele el estómago —dijo Óscar.

Y los demás reían hasta que les ardían los cachetes. Con la risa se olvidaron de la oscuridad. Jugaban a las adivinanzas: tenían que adivinar cuál brazo o cual pierna levantaban o en dónde estaba algún tenis. No faltaba el que recordaba cómo se habían deslizado por la rama hasta llegar al suelo, o el instante

en que los lentes de Terror se rompieron, entonces volvían a reír con todas sus fuerzas; las risas parecían no acabarse nunca. Todo parecía ir de maravilla hasta que una voz ronca los sacó de su alegre ataque:

—¡¿Qué hacen en el bosque?!

Era el guardián, a quien no habían escuchado llegar.

Se pararon de inmediato, ayudándose unos a otros, para seguir la luz de la lámpara que el cuidador les lanzaba desde lejos para iluminar la salida. Salieron de prisa del bosque.

Al llegar a la reja, bajo la luz de la luna y el farol de la escuela, se miraron; estaban hechos un desastre, parecían espantapájaros que habían rodado por tierra.

Enseguida dijo Claudia, con la voz más ronca que pudo:

—“¡¿Qué hacen en el bosque?!”.

Las carcajadas les impedían salir por la descocida reja, se sentaron a reír y reír hasta que el hambre los hizo sacar la comida que traían, casi se atragantan con las risas. Se hacía tarde, se pararon adoloridos y se despidieron para encontrarse el lunes en la escuela.



Se los puede ver irse a su casa, cojeando y apoyándose unos en otros.

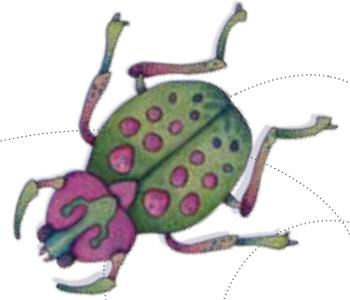
El lunes por la mañana, al entrar al salón sus compañeros no les quitaron la vista de encima, ni durante la clase de español ni de la de aritmética.

Óscar lucía un parche en el brazo; Charly, una rodilla vendada, más varios raspones en la cara; Nina tenía la mano llena de parchecitos y un codo raspado; Claudia, un chichón en la frente y las rodillas llenas de golpes; Terror, un parche en el ojo y el cristal de sus lentes estrellado, además de golpes y raspones; Álex sólo traía un moretón en el cachete. Hasta la hora del recreo nadie preguntó nada.

En el recreo, dirigidos por Terror, todos se pararon frente a la reja a mirar la oscuridad. En esta ocasión el miedo no se dejaba ver por ningún lado, las risas y las carcajadas volvían a rodearlos. Los compañeros pensaron que estaban locos. Ellos sabían que en realidad eran valientes.

Antes de volver a clases, Terror lanzó una potente mirada a la oscuridad y le sacó la lengua. La oscuridad no retrocedía, protegida bajo las sombras. El próximo sábado regresarían para librar otra batalla, pero esta vez irían mejor preparados y la ganarían; con ese alegre pensamiento Terror corrió a alcanzar a sus amigos que entraban al salón.





El misterio del paquete azul

Al señor Sommers no le gusta leer, piensa que es lo más aburrido del mundo. Tampoco tiene amigos, a lo mejor no tiene de qué hablar.

Como todas las mañanas, se sentó solo en su mesa favorita en el café, pidió un capuchino con galletas de chocolate y se puso a mirar a las personas en las otras mesas. Las horas se deslizaban en perfecta calma, pero ese día a las 10:17 de la mañana ocurrió algo inesperado: una maniobra rápida, fuera de lugar, que dibujó una onda azul en el aire.

La muchacha de la mesa de al lado entregó un paquete azul a un delgado muchacho; de inmediato la onda azul brillante se extendió entre ellos.

El señor Sommers no podía dejar de mirar el singular paquete que irradiaba aquel resplandor azulado; además de que... escurría agua... sí, goteaba. El muchacho sonrió, pero se le notaba que tenía prisa por salir de ahí.

El capuchino del señor Sommers se enfrió mientras intentaba adivinar de qué se trataba aquello. Por más que estiró el cuello, no alcanzó a ver qué era ese extraño paquete. Se inclinó tanto que estuvo a punto de caer de la silla.

Minutos más tarde, el muchacho salió con el paquete azul brillante escurriendo agua, y no alcanzó a ver nada más.

—¿Qué podría ser? —se preguntó con la vista en la pared.

A la mañana siguiente, el señor Sommers lanzó una mirada alrededor y no notó ninguna cosa extraordinaria. “¡Bah!, lo de ayer debió ser un juego de estudiantes”, pensó, y se dispuso a disfrutar su café.

En cuanto dieron las 10:17 de la mañana, ahí estaba otra vez la maniobra azul.

Sólo que ahora el muchacho delgado entregaba el paquete —bastante mal envuelto por cierto— a otro muchacho, quien sin precaución lo desenvolvió por una esquina dejando ver un libro azul con gotitas en la tapa. Esta vez el señor Sommers no perdió detalle: siguió con los ojos al muchacho hasta que salió por la puerta dejando tras de sí una luminosa línea azul.

Intrigado, volteó a todos lados para ver si alguien más había notado aquello. Pero los demás comían plácidamente sin levantar la mirada.

Los siguientes tres días, a la misma hora, pudo ver aquella entrega: el paquete pasaba de una persona a otra... dejando una onda azul por el aire y escurriendo agua.

El asunto lo inquietaba. No dormía pensando en el libro empaquetado que cada mañana se entregaba a las 10:17 en punto, y ¿de dónde salía aquella agua? Daba vueltas en la cama, tomaba leche caliente, se sentaba en el sillón rojo de la sala y caminaba de arriba abajo por el pasillo sin encontrar la respuesta.

El lunes tempranito llegó al café con dos oscuras ojeras —no había dormido en toda la noche—. Estaba tan cansado que no se dio cuenta de que en la mesa de junto una muchacha recibía el paquete azul brillante. Justo antes de marcharse, ella volteó hacia donde él estaba, en ese preciso instante el señor Sommers levantó la cabeza para ver que ella le cerraba el ojo. Unos segundos después, sólo quedaba su sombra en la puerta y cuatro reflejos de la onda azulina.

Esa noche tampoco durmió.

El martes, la chica del día anterior estaba ahí con el paquete azul. Eran apenas las 10:14 de la mañana, de seguro esperaba a alguien que aún no llegaba. Cuando el señor Sommers terminó su última galleta eran ya las 10:17. Entonces, sin aviso, ella caminó hasta él y le entregó el paquete. Lo puso con cuidado en la mesa y le dio indicaciones:

—Recuerda pasarlo mañana a la misma hora.

Sin decir más, salió, tras guiñarle de nuevo el ojo.





El señor Sommers que nunca tenía nada qué decir, se quedó con las palabras a punto de saltar de su boca. Tomó el envoltorio y se marchó a casa. Tenía tanta prisa que casi resbala en la escalera. No podía detenerse.

Se sentó en el sillón rojo con el libro que escurría agua entre las manos, pero para su sorpresa no estaban mojadas. Tembloroso, puso el envoltorio azul en la mesa, su corazón latía apresurado, comenzó a desenvolverlo. Ahí solamente estaba el libro que ya había visto —muy azul por cierto—, con las tapas brillantes, en espera de que él se atreviera a abrirlo. Después de seis largos minutos por fin se decidió y lo abrió, primero con temor, luego con curiosidad fue pasando las hojas. Después, sin saber cómo, se encontró recostado en el sillón rojo leyendo.

Llegó la hora de comer, el señor Sommers ni se enteró. Transcurrió la tarde y él seguía leyendo. A las ocho de la noche le dio hambre, sin soltar el libro se hizo un emparedado de queso. Se fue a la cama y continuó en la lectura. Era de madrugada cuando terminó de leer la última página, lo cerró y se quedó quieto con el libro sobre el pecho. El libro escurría agua, pero no lo mojaba; de la misma manera por su cara escurrió una lágrima que le humedeció la orilla de la piyama.

—¡Vaya! —dijo después de un suspiro—, nunca hubiera imaginado que el mar pudiera ser tan maravilloso.

El libro era sobre el mar.

Se durmió con el libro en los brazos y en el pensamiento.

Al día siguiente, el café estaba lleno, pensó que en alguna mesa estaría la joven a la que debía entregarle el libro y nunca más lo volvería a ver, eso lo llenó de tristeza. Se le ocurrió que si se sentaba en la mesa de la esquina nadie notaría el libro, entonces una loca idea se le metió en la cabeza: si no lo veían, no tendría que entregarlo.

Recordó lo que le había dicho la muchacha: “Debe ser entregado en la mañana”. El señor Sommers no sabía qué hacer. Por fin, se sentó en una mesa cerca de la ventana, puso el paquete sobre ella y esperó con impaciencia a que alguien se acercara a reclamarlo.

No tenía amigos, así que no tenía idea de a quién entregarlo, lo que le causaba una sensación casi feliz porque entonces regresaría a casa con él. Al mediodía, tras dejar un charquito en la mesa, volvió a casa con una sonrisa y el paquete azul brillante en la mano.

Esa tarde hizo lo mismo que el día anterior, se sentó en el sillón rojo, abrió el libro en las páginas que más le gustaban y leyó... bueno, lo leyó todo por segunda vez.



Por la noche, soñó con un barco que subía hasta la luna y desde esa altura hablaba con él en una playa de arena azul, donde se bañaban unos caracoles que repetían su nombre: “Bruno... Bruno... Bruno...”.

Despertó sintiéndose contento, tan contento que le dieron ganas de hablar, hablar y hablar; sentía que su cabeza estaba llena del mar, de sus lágrimas saladas, de barcos, de caracoles que pronuncian nombres, de viajes... Pensó que nunca se cansaría de hablar del fantástico libro que había leído.

Sentía un ligero oleaje en el pecho, pareciera que el agua que goteaba el libro azul se hubiese metido dentro de él. Le escurría una inmensa felicidad.

En las mañanas siguientes llevó el libro a la cafetería a las 10:17, pero nadie lo reclamó; y todos los días, tras dejar un charquito en la mesa, regresaba a casa y se sentaba en el sillón rojo a leer. Y todas las noches dormía con el libro recostado junto a su almohada. Y todas las mañanas despertaba chorreando felicidad.

Un día, camino al café, todos lo miraban pues parecía que llevara una pequeña lamparita bajo el brazo, estaba tan contento que olvidó envolver el libro en la pañoleta y el azul brillante de sus tapas atraía las miradas a su alrededor, al tiempo que dejaba un rastro de agua tras él. Al darse cuenta, lo metió bajo su saco, no fuera que alguien quisiera robarlo; pensar en eso le provocó tanta intranquilidad que para evitar algún peligro decidió que no lo entregaría a nadie, así que ya no era necesario que lo llevara cada mañana al café. Dio vuelta con ese gozoso pensamiento.

Como de costumbre, fue a tomar su capuchino con galletas, pero ahora sonreía todo el tiempo sabiendo que el libro azul lo esperaba en el sillón rojo. Saludaba a todos y aprovechaba cualquier ocasión para hablar sobre el mar. No sabía de dónde le salían las hermosas palabras, las imágenes, las emociones; quizá estaban dentro de él desde hacía tiempo en espera del momento oportuno para salir.

Lo sorprendente era que hablaba como nunca lo había hecho y las personas lo escuchaban: estaba encantado.

Una tarde al ir a comprar pan para la cena, se encontró con la muchacha que le había dado el libro, el señor Sommers agachó la cabeza para que no lo reconociera; por más esfuerzos que hizo para pasar desapercibido, no lo logró; ella lo venía observando desde hacía tiempo, así que se puso frente a él y le reclamó:

—Te dije que pasaras el libro, no puedes quedarte con él.

—Pero... pero... pero... —comenzó él, pero no le salió ninguna palabra.

—Escucha —le dijo ella, poniéndose terriblemente seria—, ese libro es un libro viajero. Puede deshacerse si se queda con un solo lector. La entrega no debe interrumpirse. ¿Entiendes?

—Sí —murmuró sintiéndose bastante avergonzado.

—Mañana habrá que entregarlo, yo iré al café para indicarte a quién.

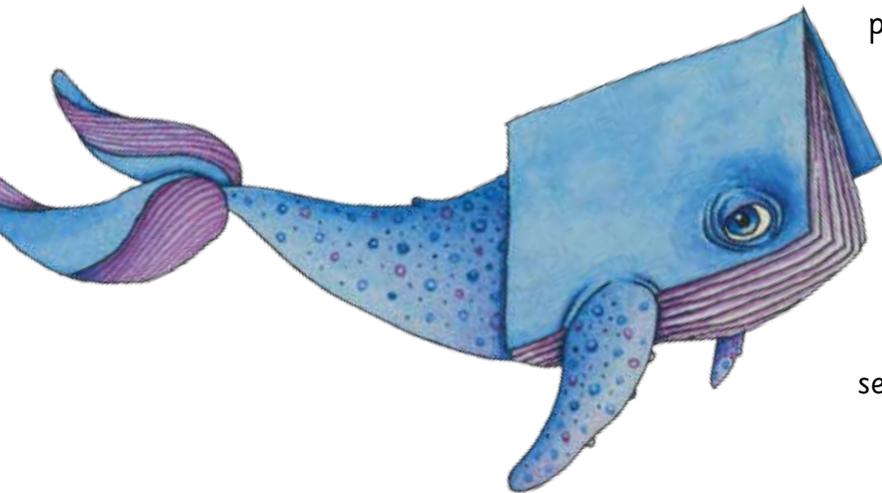
Lo que quedaba de la tarde, el señor Sommers se dedicó a contemplar el libro, ya había notado que cada día que pasaba el libro escurría más y más agua, por lo que había que poner una toallita debajo de él.

Al otro día entró al café con el paquete en la mano y la cabeza baja, la muchacha ya estaba ahí. Dudó por unos segundos, luego fue a sentarse cerca de la ventana, en espera de que le indicara a quién debía entregarlo.

A las 10:15 de la mañana, ella le señaló a una niña pelirroja, con flequito corto, sentada a dos mesas de la puerta. Caminó hacia ella, y tras un breve saludo se sentó con el paquete azul brillante entre los dos. La niña no dejaba de mirarlo, sonrió cuando se lo entregó, le dio las gracias y con la mirada encendida salió de la cafetería con el paquete en los brazos, y arrastrando una onda azul en el aire que tardó en disolverse.

El señor Sommers se dio cuenta de que no estaba triste, sino contento de compartir su libro. Se quedó mirando la onda azul hasta que desapareció, cuando no quedaban sino algunos puntitos luminosos en la puerta, la muchacha se acercó a él.

—Te voy a dar un consejo —le susurró con suavidad—: ve a la biblioteca.



Enseguida, dio la vuelta para marcharse, no sin antes cerrarle el ojo por tercera vez.

Al día siguiente, el señor Sommers se puso un traje gris recién planchado, se peinó sus pocos cabellos con gel, y se dirigió a la biblioteca.

Él nunca había estado en una biblioteca, así que entró como si fuera una cristalería: con mucho cuidado. Nada más cerrar la puerta, escuchó a lo lejos un galope de caballos, volteó a los lados, sólo había personas leyendo. Circuló entre las mesas, todo estaba en silencio... y de nuevo escuchó aquel galope. Venía del último pasillo.

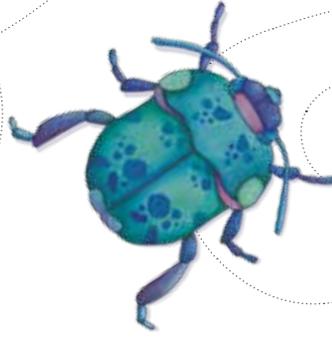
Llegó hasta él en el preciso momento en que un disparo de cañón retumbaba, se asomó y lo que vio lo dejó con la boca abierta: de entre los libros de la esquina saltaba por el aire una bala de cañón. Asustado, dio un paso hacia atrás. Se repuso enseguida, la curiosidad le dio valor y entró al pasillo. Por el alto librero se escuchaba el crujir de una puerta, más allá un grito, poco más lejos el rugido de un tigre, cerca de él el chapoteo de un remo y de entre los libros de abajo surgía un viento helado que pasaba lentamente las hojas.

Descubrió libros por donde se escapaban alas, pezuñas, garras, hasta dientes; una espada sobresalía por la larga fila hacia abajo; otros tenían las pastas calientes como si recogieran rayos de sol; otros tenían una línea de plata como la luz de la luna sobre el mar. Ahí había libros para escoger. Eligió uno sobre el desierto y fue dejando un rastro de arena por el suelo.

Así comenzó la aventura del señor Sommers.

Como todas las mañanas, se sienta en su mesa favorita del café, pero ahora tiene amigos y despide un brillo peculiar de felicidad.





La princesa Puntos Suspensivos

En el palacio de Paralichine los días inician con la búsqueda de la princesa. Como se la pasa leyendo o en la luna, bien puede estar en cualquier lugar. No es raro encontrarla dormida en la punta de la noche, o que la despierten de entre las páginas de un libro.

Esta mañana, el rey Estornudillo deseó verla; así que todos en palacio se movilizaron de inmediato.

Ya era tarde cuando la encontraron recostada entre los almohadones del sofá con un libro sobre estrellas. Al ver que todas aquellas personas se apretaban en la puerta, la princesa preguntó:

—¿Hay fiesta en el palacio?

Tanto los sirvientes como los cortesanos bajaron la cabeza y dieron penosos pasitos hacia atrás.

El rey que conoce bien a su hija no le reprochó la demora, le agradaba la curiosa personalidad de la princesa: distraída y sin horario. A decir verdad, los habitantes del reino piensan que está majareta, pero como no hace daño a nadie y sonrío de un modo celestial, le tienen cariño.

Más bien, se han acostumbrado al carácter de la princesita, que deja todo a la mitad.

La princesa Puntos Suspensivos es todo un caso, pues no es común que una princesa camine con la cara hacia arriba en busca de la nube perfecta, o con la nariz metida en los asuntos de los personajes de un libro; que prefiera vivir en la luna en lugar de viajar por el mundo. Ella insiste en que los mundos imaginarios son maravillosos y nadie logra convencerla de lo contrario.

No le gusta ahogar la vida en penas, carece de tiempo para eso. En cambio, le gusta el mar y las esquinas de los clósets donde se acumula la pelusita de la ropa. Casi todas las tardes siente comezón en la rodilla izquierda, pero no se rasca pues le gusta esa inquietud.

Suspira sin motivo y sus días son más o menos así:

2 horas para abrir
3 horas para cerrar
2 horas para quitar
3 horas para poner
4 horas distraída
1 hora atenta
4 horas para leer
2 horas para imaginar lo leído

Su mayor problema es acomodar las horas en un estuche de plata donde caben 18, y a ella siempre le restan cuatro. Como verán, las cuentas nunca le salen exactas.

Podríamos pasar días y días comentando sus manías, costumbres y peculiaridades; sin embargo, el rey la ha llamado, y cuando el rey ordena algo lo mejor es obedecer.

Entró a la Cámara Real y el rey Estornudillo le dijo que se sentara cerca de él, en el sillón azul. Ella obedeció y reunió todas sus fuerzas para ponerle atención. El rey habló, habló, habló y habló y ella escuchó a medias. Cuando terminó de hablar, ella le dio un beso en la frente y le dijo:

—No te preocupes, papá, encontraré un buen pretendiente.

El rey no esperaba tal respuesta y se quedó con la boca abierta, realmente no entendía a su hija.

La princesa se sentó en su cama, y por primera vez en la vida su imaginación no le ayudó para nada. Su padre le había explicado con claridad que debía encontrar marido, al verlo preocupado sólo pensó en quitarle la preocupación y hacerlo feliz, por eso dijo que sí con tan buena voluntad. Sólo que ahora, en la soledad de su cuarto y con los pensamientos alborotados, no sabía bien a bien qué cosa era eso de buscar marido, ni por dónde comenzar ni nada de nada. Por un momento le dio vueltas y vueltas al asunto, pero después de un rato la letra “E” llegó a su mente, la imaginó enorme y hermosa como una escoba nueva. Enseguida se vio arriba de ella para salir volando por la ventana. Con esa divertida imagen se acostó y se durmió.

Al día siguiente, la idea del marido volvió a instalarse en su cabeza, aunque también el fantástico viaje en escoba. De inmediato unió los dos pensamientos y se le ocurrió ir a

consultar a la bruja Baja California para pedirle ayuda en tan difícil decisión.

La bruja Baja California vivía en el Bosque de los Suspiros, cerca del arroyo Atrapatontos en una hermosa casa blanca con techo de paja. A diferencia de otras brujas, ella era sumamente pulcra y ordenada. ¡Claro que su casa tenía un aspecto tétrico y destartalado, pero era sólo para crear ambiente! El polvo estaba repartido en porciones iguales sobre los frascos de sustancias extrañas, ahí no había ni una telaraña fuera de lugar y en la pared del fondo hervía agua en una enorme marmita pulida. Llegó la princesa y lo primero que le dijo Baja California fue:

—Te esperaba hace más de 20 minutos, ¿qué pasó?

La princesa se sorprendió del poder adivinatorio de la bruja, pero luego comprendió que algún chismoso de la corte la había prevenido de la visita real.

Entonces, ella le explicó su apuro. Mientras hablaba, Baja California no dejaba de revisar las páginas de un libro viejo. Cuando se cerró la boca real, la bruja comenzó a leer en voz alta, al mismo tiempo que bajaba de los anaqueles pomos y pomos.

Oigamos la lectura:

Por fuera una esquina,
por dentro un rincón,
hay que poner atención:
una poción del río
nos traerá un marido.
Barril de sal,



barril de ajo,
sal de abajo escarabajo.
Una canita de ratón,
para que no sea gruñón.
Orejas de lagartija,
para que no sea sabandija.

Entre ingrediente e ingrediente la princesa pedía: “Que me quiera mucho...”.

Y la bruja continuaba:

Agua de la fuente,
para que sea fuerte.
Blancura de ojo,
para que no sea cojo.

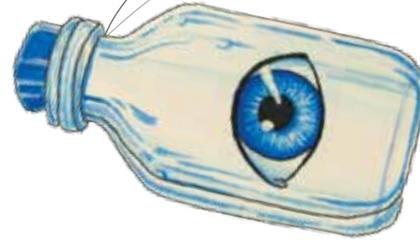
Y la princesa repetía quedito: “Que sea cariñoso...”.

Y la bruja continuaba:

Anillito de serpiente,
para que sea complaciente.
Estómago de lombriz,
para que la haga feliz.

Y la princesa pedía bajito: “Que sea guapo...”.

A la tercera interrupción la bruja se detuvo y recitó:



Desear, desear...
Por una palabreja como ésa
estás como estás.
Cuida tus deseos
que te pueden amolar.

Después, hizo que la princesa se sentara en un cojín negro preciosamente bordado y le dijo:

—Voy a contarte una historia sobre los deseos, pero antes haré té de murciélago.

La princesa apenas pudo disimular el asco, por lo que Baja California la reconfortó:

—En realidad es de manzanilla, pero hay que guardar las apariencias.

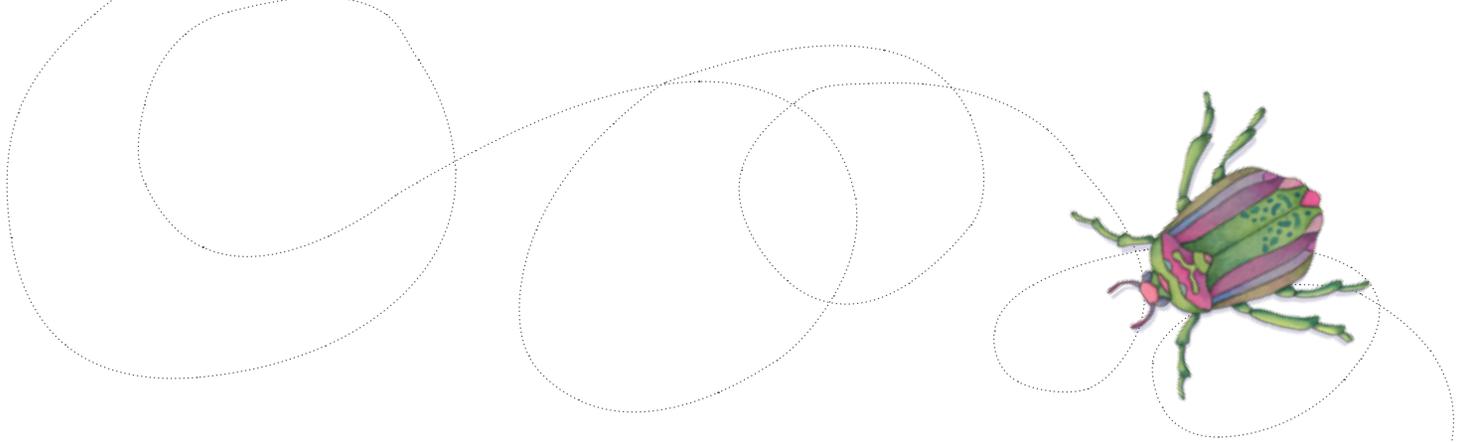
Sirvió el té en pequeñas tacitas rosas y comenzó a relatar la historia del sultán de Meriabán. Un día, dijo la bruja, el sultán tuvo un deseo, así que reunió a los ingenieros, los ministros y los fontaneros del sultanato y les dijo: “Quiero que mi palacio sea el más lujoso del mundo, aunque todo es de oro y de plata, el agua sigue siendo incolora. Mi deseo es rodear el palacio de fuentes y que de ellas brote oro líquido”. Nadie podía ir en contra de sus deseos, así que rápidamente pensaron en la solución. De inmediato se construyeron 535 fuentes, se instalaron tuberías bajo los jardines y se colocaron miles de colmenas. La mañana de la inauguración el sol estaba radiante, el aire tibio, los pájaros cantaban con suavidad, los jardines florecían, y los invitados esperaban con expectación. El sultán pronunció unas palabras y dio la orden de encendido. Como

por arte de magia, de las fuentes brotó oro líquido: miel. Pero de pronto, la sonrisa en su rostro y el júbilo de sus súbditos se ensombrecieron con inmensas nubes oscuras que no cesaban de zumbar. Miles de abejas estaban a punto de aterrizar.

La princesa escuchó la historia con atención. Ninguna pregunta, ningún sonido interrumpió el torbellino que comenzaba a formarse en su cabeza. Se miraron las dos, dieron un sorbo al té y dejaron que la tarde transcurriera, el agua hirviera, los ingredientes demoraran, el rey esperara, y el pretendiente no se presentara hasta tomar la mejor decisión.







El sueño más pesado del mundo

Para Lucas que aún sueña

Esta historia viene con algunos sueños:

los sueños de Lucas,
un sueño de color rosa,
un sueño con agujeros,
un sueño donde se cae una maceta,
un sueño donde falta espacio,
sueños de jardineros,
dos sueños peligrosos,
un sueño compartido,
y
el sueño más pesado del mundo.

A Lucas le encanta soñar. Con sólo cerrar los ojos los sueños flotan puntuales bajo su almohada. En un momento se convierte en héroe, marinero, inventor, pirata, y viaja a algún lugar

fantástico o misterioso. Tanto se ha acostumbrado a soñar que en la entrada de sus sueños construyó un jardín, con pastito verde y macetas con flores naranja y azul, donde se sienta a planear su próxima aventura.

En realidad, lo que tienen de especial los sueños de Lucas es que son:

MA-RA-VI-LLO-SOS.

Tan maravillosos que la fama del soñador ha recorrido la escuela.

En los pasillos y los salones sólo se habla de los MA-RA-VI-LLO-SOS sueños de Lucas.

Mañana tras mañana, los compañeros le piden que sueñe algo especial para ellos. Entonces, Lucas sueña con aventuras en Júpiter, caminatas en el Amazonas, escapes de gigantescos cocodrilos o fiestas de monstruos. Al siguiente día, llega a la escuela con un sueño nuevecito que nadie más ha soñado, para regalarlo a quien se lo ha pedido.

Lo que pocos saben es que Lucas y sus amigos tienen un Club Supersecreto de Sueños.

Se reúnen en los recreos, bajo el viejo árbol de la escuela, para hablar de sueños: no sólo de los de la noche anterior, eso sería un poco aburrido, sino de los de primavera, los de verano, o los de invierno —hay que ver que en cada estación se sueñan cosas diferentes—; de los misteriosos, de los extraños y, por supuesto, de las terribles pesadillas. Algunos son largos, parecen durar varias noches; otros son cortitos, duran dos segundos. En los sueños, el clima suele variar, a veces llueve, aunque no siempre es agua, sino cosas muy variadas: escobas, paraguas,

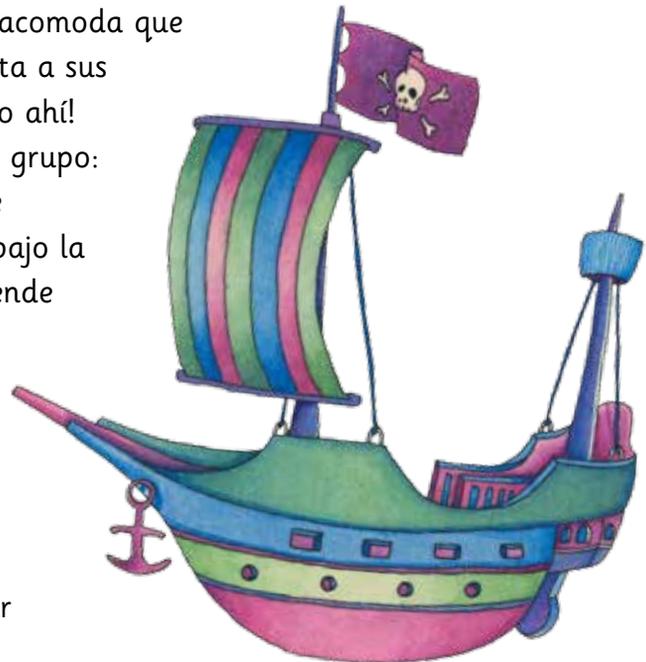
salchichas; a veces hace un frío de oso polar o un calor de sistema solar.

Los sueños son originales, pues cada miembro del club tiene un modo particular de soñar.

Los sueños de Anny llegan en tonos de rosa. La casa, la luna, la bicicleta, los árboles, las montañas invariablemente son del mismo color: rosa. Si sueña con lugares coloridos, con el paso de la noche curiosamente se van haciendo rosados. Una vez soñó un tigre rosa. Es su color favorito.

A Daniel le gustaba acarrear cosas a sus sueños, nada más poner la cabeza en la almohada se abre la puerta de un enorme cuarto lleno de cachivaches. Colecciona todo lo que encuentra: monedas, piedras, pelotas de béisbol, tarjetas, cachuchas. El globo terráqueo del salón fue lo último que llevó allá arriba. Durante la noche, acomoda que acomoda todo lo que transporta a sus sueños. ¡Vaya qué falta espacio ahí!

Matías es el explorador del grupo: busca tesoros. Invariablemente algún pirata le deja un mapa bajo la almohada y cada noche emprende la travesía por mar o por tierra, para buscar el tesoro —pocos saben que él mismo dibuja los mapas en clase de matemáticas—. Duerme con una pala de plástico amarilla junto a él, por



eso los lugares de sus sueños siempre están llenos de agujeros. Tal vez esa sea la causa por la que amanece cansado, con los brazos adoloridos y se duerma en clase de español.

Carlos y Andrés tienen los sueños más emocionantes del grupo. Cada noche se ponen de acuerdo para encontrarse en sueños y viajar juntos a algún lugar lejano. La mayoría de las veces les funciona y se divierten increíblemente. Hasta ahora nadie sabe cómo lo hacen.

Y luego, están los de Lucas, que son simplemente MA-RA-VI-LLO-SOS.

Como en esto
de soñar no
hay reglas,
un día
llegó



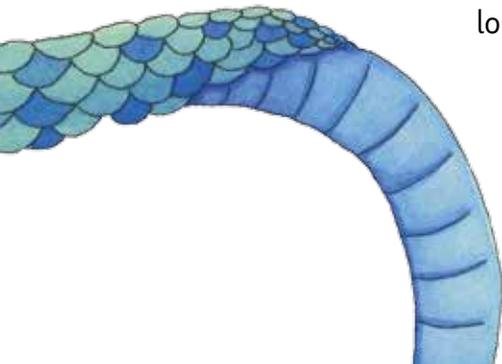
hasta los sueños de Lucas un enorme y pesado dragón, le gustó tanto el pradito verde, las macetas de flores a la entrada, y los sueños ma-ra-vi-llo-sos, que se quedó a vivir ahí. A partir de ese momento todos los sueños de Lucas llegaron en compañía de un dragón. Al principio fue divertido; sin embargo, los sueños se volvieron aburridísimos. A nadie le gustan los sueños con un dragón que no hace otra cosa más que dormir y lanzar sonoros ronquidos.

Lucas lo supo de inmediato: no volvería a soñar tranquilo.

Se imaginaba que despertaba al dragón y lo corría a patadas —en sueños, claro—, pero cada vez que trataba de despertar al enorme animal, el dragón se volteaba, estiraba la pata, movía la enorme cola o se ponía a roncar más fuerte. Una noche lo golpeó en la cara con suavidad, no fuera a despertar enfurecido. Recordemos que es un formidable dragón, de los que echan fuego por la boca, tienen poderosas alas, enormes garras y una larga cola. Además, a un dragón no se le pega así como así sin consecuencias desastrosas. Pero no sucedió nada.

Lucas le gritó, lo zarandeó del ala: no se movía. Pasó el fin de semana sin conseguir siquiera que el dragón abriera el ojo o levantara la pata, lo único en movimiento eran las nubecillas tibias con olor a chimenea apagada que escapaban de la enorme nariz.

Lucas estaba desesperado, los amigos del Club de Sueños lo notaron enseguida. Antes de hablar de los sueños del domingo, le preguntaron qué le ocurría. Sin pensarlo mucho, les explicó el gravísimo problema.



—Verán —dijo—, el dragón que últimamente invade mis sueños no quiere irse del jardín y ronca a más no poder. He intentado despertarlo, sin moverlo ni un milímetro, el muy conchudo duerme y aplasta el pastito verde. Lo más seguro —continuó Lucas— es que quizá en este preciso instante esté soñando con sus amigos dragones, mientras yo pienso en cómo sacarlo de ahí.

Era urgente ayudar a Lucas y ponerle remedio a ese asunto inoportuno, por lo que Anny, que era bastante práctica, dijo:

—Es fácil sacarlo de ahí, nada más deja de soñar; de seguro en dos días se aburre y se va.

—¿Cómo dejas de soñar?! —respondió Lucas.

—Dejas de dormir —explicó Matías.

—Como si fuera tan sencillo no dormir —dijo Lucas. Dudaba que fuera a funcionar.

Los socios del Club de Sueños lo convencieron de que era la única manera de librarse del dragón. Enseguida le indicaron lo que debía hacer para no dormir.

Después de pensarlo unos minutos, Lucas decidió:

—¡Esa es la única solución! Desde hoy dejaré de dormir, por lo tanto dejaré de soñar. El dragón se aburrirá en un lugar sin sueños.

—Sí —dijo Anny—, y como nadie va a regar el jardín se irá secando poco a poco, de seguro al intruso no le gustará quedarse en un lugar feo y seco, y se marchará a otro lado.

El que se secura su pastito verde entristeció a Lucas, pero no dijo nada.

Esa noche, aunque no iba a dormir, Lucas se puso la pijama, le parecía tan simple permanecer despierto como comerse una sandía. Primero colocó una cobija debajo de la puerta, para que sus papás no vieran que la luz continuaba encendida. Luego se dio cuenta de que podía hacer muchas cosas para entretenerse, así que jugó con sus juguetes favoritos, leyó un libro de animales, miró su colección de estampas y recortó varias figuras, hasta que después de unas horas, el sueño comenzó a recargarse en sus párpados haciéndolo cabecear. Tuvo que echarse agua en la cara, caminar por el cuarto y pellizcarse los ojos para seguir despierto.

En la mañanita, apenas había dormido un poco, dos o tres veces cerró los ojos y logró ver de reojo al dragón que seguía acostado en su jardín de sueños. Estaba por quedarse completamente dormido cuando entró su mamá a despertarlo: era hora de ir a la escuela. En la escuela no atendió a ninguna clase, se caía de cansancio sobre el pupitre, y sólo pensaba en una mullidita cama donde acostarse.

La segunda noche iba a ser más difícil dejar de dormir. Matías le aconsejó que se tomara una taza de café, así no dormiría. Esa noche, entró a escondidas a la cocina, llenó una taza con el café frío de la cafetera y apretándose la nariz con los dedos lo empujó de un jalón. ¡Guácala!, el café sabía a lodo remojado. Ni qué decir, no durmió en toda la noche.

Al otro día, camino a la escuela, imaginó las cosas más terribles para espantar al dragón de sus sueños, él sabía atrapar lagartijas, pero un dragón era otra cosa.

Enseguida quiso ver si en verdad su jardín se estaba secando, así que cerró los ojos un momento para echar un vistazo y la sorpresa lo dejó con la boca abierta: el dragón se dedicaba a arreglar las flores, regar el pastito y cuidar el jardín. “Ahora va a costar más trabajo correrlo”, pensó Lucas. “¡Vaya molestia que es este dragón! ¡Metido a jardinero en el jardín de mis sueños! ¡Es un pesado!”.

Decidió no volver a soñar, les pediría a sus amigos que soñaran por él, como antes se lo pedían a él sus compañeros; no le importaba si los sueños iban a estar llenos de cosas, o si toda la noche iba a buscar tesoros, o si todos eran de color rosa, eso era preferible a ver a un dragón dormido.

La clase de historia estaba de lo más aburrida, y como Lucas no había dormido en dos días comenzó a adormecerse, apenas cerró los ojos escuchó una vocecita que le hablaba:

—¡Pss, pss, pss...!

Abrió los ojos rápidamente, miró alrededor y vio a sus compañeros atentos a la pizarra: la voz estaba en su cabeza. Trató de seguir la clase de la maestra, pero sus cansados ojos se le cerraron de nuevo, enseguida volvió a escuchar:

—¡Pss, Pss...! —y después— ¡Eh!, acá arriba.

Abrió por completo los ojos.

—Es él —dijo quedito—. ¡Qué atrevido!, no sólo se duerme en mis sueños, sino que tiene la desfachatez de hablarme.

Lucas dudó si le contestaba o no. Resolvió ignorarlo para que se callara de una buena vez.

Cada vez que cerraba los ojos o dormitaba escuchaba la voz:

—¡Pss... ¿Por qué ya no sueñas sueños ma-ra-vi-llo-sos...?

Lucas ni siquiera quiso parpadear. Ese día no volvió a cerrar los ojos.

“¡Es tan difícil dejar de soñar!”, pensaba Lucas con un suspiro.

Al tercer día ya tenía ojeras oscuras y temblaba de arriba abajo. Su cuerpo estaba tan agotado, tras dos días de café e insomnio, que esa mañana en la escuela enfermó y lo mandaron a casa. Después de clases, sus amigos del Club de Sueños fueron a visitarlo; llegaron justo para escuchar que el doctor recomendaba:

—Denle un vaso de leche caliente y déjenlo descansar: necesita dormir.

Andrés y Carlos se asustaron, miraron a Lucas, amarillo y tembloroso bajo las sábanas, acorralado en su propia cama sin poder huir. Intercambiaron miradas cómplices: esa misma noche lo ayudarían.

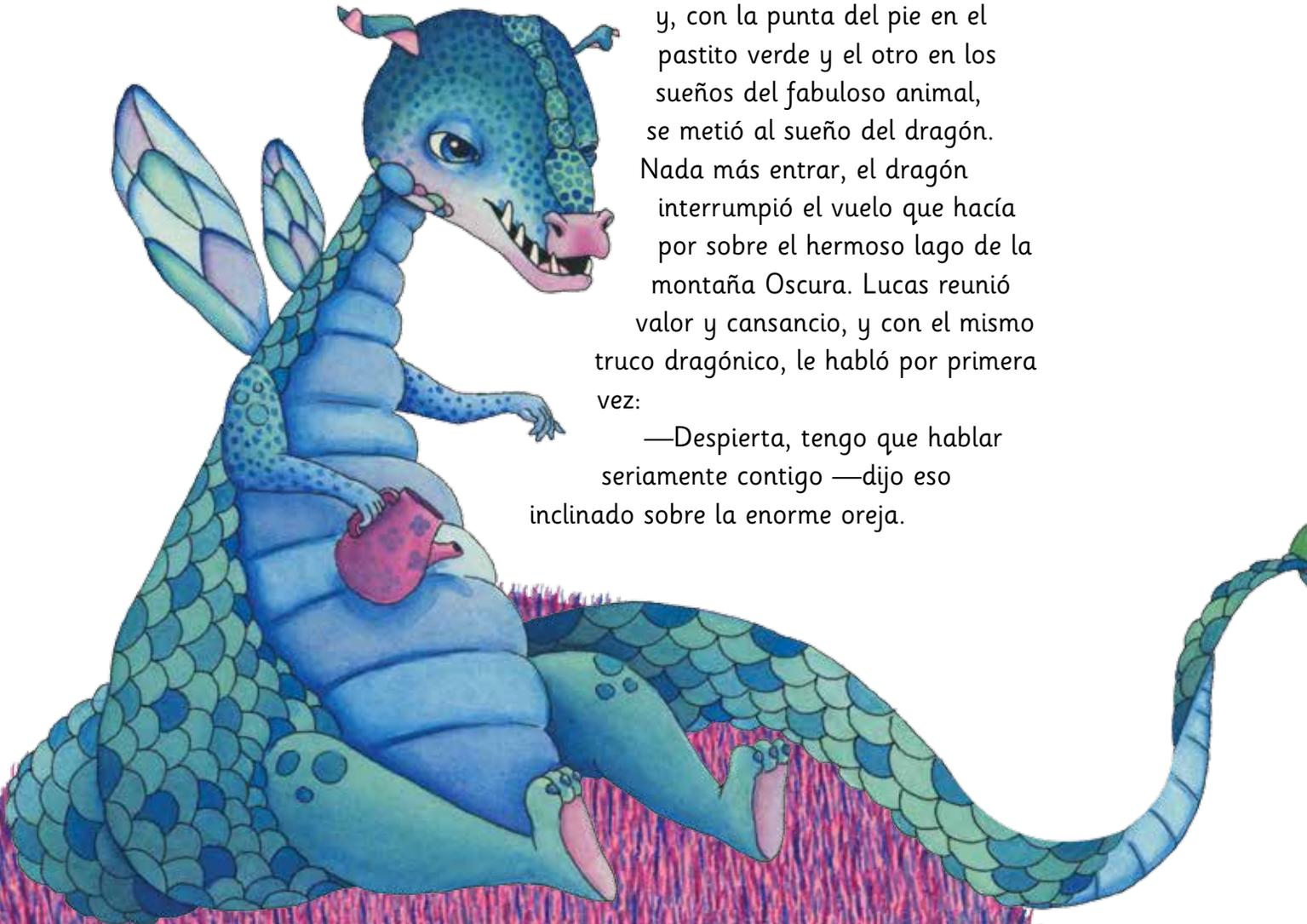
El cansancio de las noches en vela venció a Lucas, nada más cerrar los ojos se durmió. De inmediato comenzó a soñar: abrió la puerta de sus sueños, entró al jardín y se encontró frente a frente con el dragón que le había estropeado los sueños. Para variar, el dragón dormía profundamente, se paró junto a él y lo movió con un pie, tampoco ahora podía despertarlo; lo pellizó por el lado derecho de la enorme panza, su piel era tan dura como suela de zapato; trató de levantarle el párpado para que abriera el ojo, era como una pesadísima persiana de acero; pateó al animal —no demasiado fuerte, para que no fuera a enojarse—. Nada, no lo movía. Le miró la cara y se dio

cuenta de que el dragón tenía una sonrisa de felicidad: el muy descarado soñaba.

Para entrar a los sueños de otro hay que susurrarle nuestro nombre tres veces en el oído izquierdo. Eso lo sabía Lucas, pues era un especialista en sueños.

Susurró su nombre en la enorme oreja y, con la punta del pie en el pastito verde y el otro en los sueños del fabuloso animal, se metió al sueño del dragón. Nada más entrar, el dragón interrumpió el vuelo que hacía por sobre el hermoso lago de la montaña Oscura. Lucas reunió valor y cansancio, y con el mismo truco dragónico, le habló por primera vez:

—Despierta, tengo que hablar seriamente contigo —dijo eso inclinado sobre la enorme oreja.



El dragón dudó un momento si esas palabras estaban en su sueño o eran reales, abrió el ojo y de inmediato vio a Lucas. No se sale así como así de los sueños de otro, se requiere de mucho cuidado para no terminar atrapado dentro del sueño, por lo que Lucas aprovechó ese brevísimo instante para bajar del sueño, ponerse frente al intruso y despertarlo.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo peligroso del asunto, un coletazo o un movimiento brusco del ala y quedaría aplastado, o peor aún, si le lanzaba una pequeñísima llamarada lo quemaría de pies a cabeza. El aliento era tibio, pero bien podría enojarse y el calor aumentar varios grados.

Se miraron uno a otro durante un largo minuto. Después de un rato silencioso, el dragón preguntó:

—Tú eres el que sueñas, ¿verdad? ¿Por qué ya no quieres soñar más?

Bastante molesto, Lucas le contestó:

—¡¿Por qué?! ¡Te atreves a preguntar eso! Si tú eres quien no me deja soñar.

Tras decir eso, lo invadió el temor de enojarse al animal, la sangre comenzó a recorrer sus brazos y sus piernas, además de que un temblorcito le movía el cuerpo de adelante hacia atrás. Estaba a punto de correr, cuando



escuchó un ruido detrás de los arbustos de la entrada: alguien había tirado una maceta. El dragón y Lucas voltearon al mismo tiempo para ver quién había llegado. De inmediato aparecieron junto a ellos Carlos y Andrés. Al verlos, Lucas respiró con tranquilidad, aunque no pudo dejar de sonreír: estaban armados con palos en forma de espadas. Nadie sabe cómo consiguieron meterse en el sueño de Lucas.

Hasta la fecha es un misterio.

—Escuchamos lo que recomendó el doctor y decidimos entrar a tu sueño para ayudarte a despachar al entrometido —dijo Andrés, poniéndose en guardia.

Velozmente, Carlos se puso a su lado: había que enfrentar al dragón de una vez por todas. Lo amenazaron con las espadas de madera:

—Si no sales de aquí te daremos una paliza —increíblemente ninguno de los dos tenía miedo.

—Prepárate para marcharte, o para ser molido a golpes —amenazaba Andrés.

—Soy un dragón al que le gustan los sueños, no tengo otro lugar a donde ir... —dijo el dragón—. Además, se está muy a gusto en este jardín.

Aunque a Lucas le dio mucha tristeza, se puso a explicarle lo que sucedía:

—Verás —comenzó su explicación—, a mí me gusta soñar aventuras y muchas otras cosas, no sólo a un dragón que duerme.

El dragón preguntó si se podía quedar por algún lado, prometió que no iba a molestar y de paso ordenaría el jardín. A Lucas no lo convencía del todo ese arreglo.

Como todos se quedaron callados a Carlos se le ocurrió una idea extraordinaria:

—Vamos a ver, a ti te gusta viajar por los sueños, ¿no?

El dragón respondió que sí.

Carlos concluyó:

—Asunto solucionado: cada noche puedes visitar a un miembro del Club de Sueños.

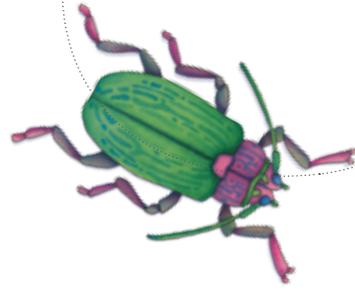
Andrés pensó que al dragón no le iba a gustar mucho que digamos, verse de color de rosa en los sueños de Anny, pero no dijo nada, el asunto era sacarlo de ahí.

Al dragón le pareció una idea estupenda y a Lucas se le quitó un enorme peso de encima. Ahora volvería a tener sueños MA-RA-VI-LLO-SOS.

Desde esa noche, el dragón recorre los sueños de los socios del Club de Sueños. A veces se le ve en lo alto de un taburete limpia que limpia los objetos de la colección de Daniel, o pasa la noche recogiendo las cosas que tira con la cola pues el lugar ya no tiene espacio. Se ha convertido en un experimentado aventurero y acompaña a Matías en sus excavaciones en busca de tesoros. Visita de vez en vez el mundo rosa de Anny, o viaja en los sueños compartidos de Andrés y Carlos.

Algunas noches va de visita a otros sueños, así que bien podría aparecer en el tuyo esta noche.





Zilah

“Necesito una jirafa para subir sobre su cuello y ver ese mar del que sólo conozco el aroma”, pensó Zilah al entrar al laberinto. No comprende por qué al padre del padre del Minotauro se le ocurrió construir este enredo de paredes en la colina más elevada de la ciudad, y no contento con eso rodeó la isla con altas murallas.

El laberinto permanece abierto día y noche, cualquiera puede entrar, lo realmente complicado —según decían los ancianos de la isla— era salir. “Una vez que se entra, no se sale...”, así comenzaban a relatar las escalofriantes historias del laberinto. Zilah no sabía si creerlas o no, ieran tan exageradas! No imagina que un hombre con cara de toro se coma así como así a las muchachas que entran al laberinto.

Aunque no crea esas historias, de cualquier modo debe andar con cuidado, por las dudas.

Zilah ha pasado la mañana sin encontrar el rastro de ninguna jirafa. Ahí dentro todo es diferente, no hay ventanas, los pasillos se dividen en dos o terminan en un muro; en fin, un embrollo.

Después de caminar horas y horas, se sentó en el suelo de tierra y con un palito intentó dibujar el mapa del lugar. ¡Era imposible completar todas las vueltas que había hecho!, así que dejó de dibujar.

Estaba a punto de darse cuenta de que su recorrido sólo había sido por el círculo exterior cuando escuchó un ruido detrás de las paredes.

El ruido crecía y crecía, pensó que no había de qué preocuparse, pues, según las historias de la isla, el habitante del laberinto dormía durante el día. Eso sí, al abrazar la noche al cielo ella tendrá que buscar un lugar para esconderse.

Pero los ruidos traían pegada su sombra y hacían temblar la tierra levantando un polvillo de miedo. El temblor era como un alambre agitado. El temor se agrandó con prisa dentro de ella. Se levantó de un salto.

Zilah sabía por su abuelo que si apoyaba firmemente los pies en la tierra nadie la podría derribar, así que parada de esa forma se quedó quieta, de espaldas, con los ojos entre cerrados y la cabeza inclinada hacia adelante; mientras, poco a poco, una sombra se agrandaba hasta cubrirla por completo. Miró el suelo, era tal como lo imaginaba, tal como lo había visto en las pinturas de la plaza y en los mosaicos a la entrada. Dio vuelta sin levantar la cabeza y sintió en los pies el aliento caliente.

Así que este era el Mi..., no podía pronunciar el nombre completo, las letras tartamudeaban en su boca: Mi... Mi... Mi... Los dedos le temblaban apretándose entre sí y el estómago se le escondía detrás de las costillas. Con los ojos pesados, como si se levantaran después de un largo sueño, intentó mirar, pero

la cabeza no respondía, continuaba con la nariz hacia abajo. Recogió todo el valor que ti ti ti tiritaba en su cuerpo, afirmó los pies y sintió cómo la traspasaban unos ojos negros de largas pestañas que se mantenían atentos en su pequeño cuerpo. Recordó de nuevo a su abuelo: “Una mente brillante puede someter a la fuerza bruta”. ¡Y vaya que éste era un bruto!

Un juego de miradas, ante la sorpresa, la curiosidad y el silencio. Ahora, tenía que convencerlo de que era una niña muy salada para que no se la tragara de un bocado —tal era la fama del desgraciado—, pero había que empezar por algún lado a derretir aquel silencio que espantaba. Si por lo menos hubiera producido un gruñido o una palabra, pero nada, se quedaba ahí mirándola: atormentadoramente callado.

Zilah aclaró la garganta, es lo primero que se debe hacer si se quiere causar buena impresión y no atorarse al hablar —recordó—, y así comenzó a hablar:

—Mire, señor Mi Mi Mi Minotauro —dijo al fin—, sé por algunas referencias..., bueno, no es que hablen de usted en el pueblo, o que yo crea en las habladurías, tampoco es que sea una entrometida, pero según he escuchado, a usted le gusta alimentarse bien..., que prefiere la carne tierna y jugosa. Pero como puede observar, soy apenas como un cacahuatito salado, muy salado por cierto, así que no le convendrá comerme si no quiere pasar un disgusto.

Y sin esperar a que él reaccionara siguió hablando y hablando. Sin embargo, el miedo hizo estragos y provocó que tropezara con sus palabras estropeando la frase perfecta,

empujando hacia afuera precisamente lo que no quería decir.

Así fue que Zilah se sorprendió al escucharse:

—Cómame, cuando no tenga nada más que comer.

Era la imprudencia desbocada, de sus labios seguían surgiendo aquellas frases locas:

—Verá, no es culpa mía que yo esté aquí dentro, sino de la muralla, no sé a quién se le ocurrió rodear la isla con esos altos muros, ni por qué motivo. Y para colmo, en el lugar más alto de la isla construyó este laberinto, que dicho de paso es hermoso, pero nos impide ver el mar.

El Minotauro no quiso explicarle que su abuelo la había construido, levantó la mano para que dejara de hablar, y entonces, tras un silencio irrompible, por fin habló. “¡Qué formidable voz tenía aquel bruto!”, pensó ella.

—¿Sabes quién soy?

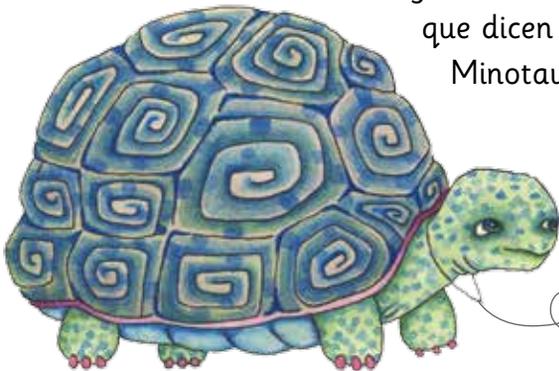
Zilah asintió con la cabeza tres veces seguidas y se quedó calladita.

—¿Sabes lo que les hago a los que se atreven a entrar en mis dominios?

—Sí... —una tímida sílaba se afirmó, para que de inmediato le siguieran las demás— pero yo no creo en todo lo que dicen en la isla, suelen ser chismes, señor Minotauro.

—Mi nombre es Asterión.

A Zilah le pareció que su voz era realmente formidable, también su presencia, vamos, hasta su nombre era formidable. Le hubiera gustado



que se diera una vueltita para verlo por completo, pero eso sería exprimir hasta la última gota de su suerte. Creía que de seguro él había comido muy bien ese día, tal vez por eso se mostraba tan tranquilo.

—¡Debes salir de aquí! —ordenó Asterión antes de retirarse.

Ya daba la vuelta sobre sus pies, cuando las palabras de ella lo detuvieron por el brazo, no tuvo más remedio que seguir escuchando.

—Soy más pequeña que un arbusto, apenas peso..., dudo mucho que se escuchen mis pasos sobre las gruesas paredes. ¿Qué molestia puedo causarle? Deje que me quede aquí dentro. Necesito una jirafa; al encontrarla, me iré.

El Minotauro, digo, Asterión permaneció inexpresivo, ningún músculo de su rostro se alteró, pero su sangre debió de haber elevado su temperatura unos grados, porque la voz sonó incandescente.

—Y qué beneficio me traería que te quedaras por aquí —preguntó.

Zilah miró el cielo, luego la arena y de nuevo el cielo, hasta que una sonrisa se deslizó por su rostro y en los ojos chispeó una juguetona respuesta.

—Para tener con quien conversar —dijo ella con simpleza.

La sangre de Asterión ya debía correr como lava ardiente por sus venas. ¡No era concebible mayor insolencia! Sin embargo, tuvo la calma de responder con cortesía.



—¿Cómo es eso?

Zilah se tomó un tiempo para extender entre ellos la explicación.

—A ver —dijo después de unos segundos alargados entre la impaciencia y la duda—, usted dice algo, luego yo digo algo más; así vamos tejiendo el hilo de la conversación, con lo que se dice y con lo que se responde. Además —siguió ella al ver la mirada perdida de Asterión—, yo sé muchas preguntas.

El impulso de un resorte al dar en el clavo no pudo ser más oportuno para despertar la mente del Minotauro, quien alegó:

—Cualquiera hace preguntas...

—Pero yo las hago extraordinarias —respondió ella.

—Oigamos alguna —la retó.

—¿Qué parte del cielo es tu preferida?

Él pensó que ella bromeaba; sin embargo, su cara lo convenció de que no era broma, así que respondió con certeza que el cielo es igual en cualquier parte.

—¿Estás seguro?

Miró aquella extensión azul por sobre sus cuernos, descubrió que cada espacio era diferente: no era igual.

Un poco molesto, comentó que tal vez ella no podría hacer otra pregunta interesante.

Zilah frunció el labio de un lado a otro e hizo una nueva pregunta:

—¿Qué sueños pueden transportar las nubes?

Asterión dudó en responder, ya que las nubes no transportan sueños por mucho tiempo porque se deshacen, pero esta vez no

quería quedar como un simplón, por lo que permaneció callado unos minutos bastante largos.

Zilah comprendió que él luchaba contra la respuesta, así que bajó los ojos para que él no viera que estaba complacida.

Después de un profundo respiro, dijo él, por fin:

—Puedes permanecer aquí.

No quería volver a escuchar ninguna pregunta extraordinaria, ni interesante ni de ningún tipo.

—Y no hagas ruido porque duermo durante el día —añadió.

Zilah esperó a que él diera vuelta en la esquina y brincó de gusto. Ahora tendría todo el laberinto para buscar a su jirafa.

Al dejarla, Asterión reflexionó que en verdad ella hacía preguntas extraordinarias, pero también pensó que él no tenía por qué responderlas.

Ya se sabe lo monstruosamente complicados que son los minotauros, les gusta hacerse los misteriosos. Al siguiente día, aparecieron manzanas, naranjas y frutos secos en las esquinas o las macetas. Acaso pensaba que no era muy saludable que una niña se alimentara sólo de galletas de avena y agua.

Zilah había recorrido el círculo externo del laberinto sin llegar a ninguna parte, marcó muros y puertas pero no lograba llegar al centro. No era que quisiera despertarlo, pero creía que en el centro se encontraba su jirafa.

Junto a una maceta pintada de azul estaba todavía sin probar la manzana de la tarde. El problema de la entrada para ir al interior la tenía preocupada.

Por puro aburrimiento comenzó a escarbar y escarbar con un palito; escarbó debajo del muro y, para su sorpresa, el muro

flotaba, bueno, no precisamente flotaba, sino que se sostenía sin tierra debajo. Aquel muro falso era una verdadera puerta. Se dedicó a buscar un pasador, una llave, una bisagra, pero sólo consiguió lastimarse un dedo. El cansancio la venció y se quedó dormida con el dedo en la boca.

El olor exquisito de comida caliente la despertó; se escapaba por el hueco del muro. El estómago de Zilah brincó: tenía hambre. Después de algunos minutos y varios intentos por abrir la puerta, un golpe de suerte hizo que recargara su cuerpo sobre la maceta y la puerta se abrió. Entonces, persiguió el aroma exquisito por pasillos y corredores hasta que llegó a una enorme cocina llena de ollas, sartenes y platonos en donde alegres muchachas cocinaban.

¡Eran las jóvenes que debían aplacar el enojo del Minotauro! Por lo visto las cosas eran diferentes aquí dentro. Algunas bordaban, otras repasaban una lección o leían un libro, vamos, como si fuera una especie de escuela. Zilah no acababa de entender bien a bien todo el asunto, cuando la voz de Asterión le llegó del otro lado. A decir verdad estaba junto a ella, el eco de los corredores hacía esta clase de engaño.

Zilah se quedó mirando con fijeza aquellos ojos negros, por primera vez vio que él sonreía:

—¿Se te acabaron las preguntas? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza, es más, pensaba que le podían salir preguntas hasta por las orejas, pero prefirió guardarlas para después.

—Ahora que conoces el secreto no puedo dejarte ir —dijo él seriamente.

—Está bien —dijo Zilah—, será agradable vivir aquí, porque todavía no encuentro mi jirafa.

—¿Qué es una jirafa? —preguntó Asterión.

Zilah dibujó en la arena una jirafa de cuello larguísimo. Le explicó que eran de color naranja con manchas negras y finalmente confesó que podría subir sobre su cuello y ver el mar.

Asterión miró el dibujo por varios minutos mientras el silencio formaba un remolino entre ellos. Al otro día, al otro y al siguiente no salió de su recámara, ni para comer.

En la tarde del cuarto día apareció junto a Zilah una jirafa. Tenía el cuello larguísimo, era de color naranja con manchas negras y cabeza de jirafa; sin embargo, los hombros eran negros y fuertes, parecidos a los de un toro. Ella la acarició preguntándole si en verdad era una jirafa. Al oír el sonido grave que salía de aquella garganta desconfió, aunque enseguida la ronca voz la convenció de que era una jirafa escatofónica y por eso sonaba tan extraña.

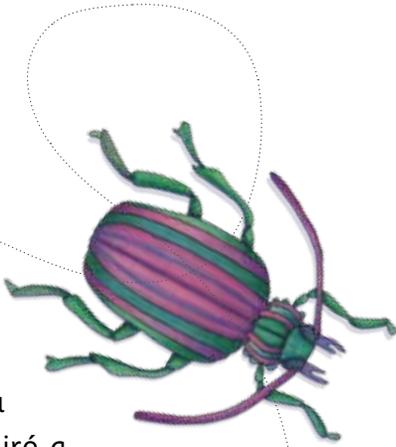
—Sube —le dijo.

Era demasiado alta, entonces, la jirafa se agachó para que ella subiera; se inclinó tanto que por poco y pierde la cabeza. Después de una silenciosa miradita a través de las manchas, ella descubrió los conocidos ojos negros de largas pestañas, de inmediato lo abrazó del cuello y subió. De ese modo pudo ver el más hermoso mar azul.

Durante un buen rato, Zilah estuvo ahí arriba mirando el ir y venir de las olas. Luego bajó la cabeza para decir quedito:

—Ahora que somos amigos, ¿te puedo hacer otra pregunta extraordinaria?





La Sombra Perdida

Los rayos de sol se metieron a la cueva y despertaron a la sombra que dormía sobre las rocas. La sombra bostezó, miró a todos lados: ahí no había nadie. Se había quedado dormida y no escuchó cuando los demás se marcharon. Se dio cuenta de que no sabía dónde estaba ni cómo regresar a casa. Se sentó a la entrada a esperar que alguien pasara.

Las horas transcurrieron, la sombra se paró, se sentó, caminó, iba a rendirse cuando a lo lejos vio que se acercaba un corredor. Se preparó para dar el brinco, para caer justo detrás de él.

—No estaría mal ser la sombra de un corredor... —dijo—. ¡En sus marcas, listos, fuera...!

—¡Fuera de aquí! —gritó la Sombra del Corredor, sin dejar de trotar.

La Sombra Perdida apenas podía seguirlos. Entre resoplido y resoplido preguntó:

—¿Puedo ir con ustedes?

—¡No! —dijo la Sombra del Corredor— ¡Claro que no! A cada uno le corresponde una sombra, no dos.

—¡Agáchate!, no quiero que mi corredor se asuste al amarrar su tenis.

—Yo podría entrenarme... —apenas podía hablar, le faltaba el aire.

—¡No! —insistió la Sombra del Corredor— Es imposible, llevo años con él, no se cansa nunca. Este trabajo necesita condición física... En la ciudad encontrarás a alguien que necesite una sombra.

—Gracias —dijo la Sombra Perdida, pero no sabría cómo llegar a la ciudad.

La Sombra del Corredor dijo:

—Si quieres te llevamos. La última parte del camino la hace caminando, pero cuidado con cansarte, ¡debilucha!

La Sombra Perdida iba a decir algo, pero cerró la boca pues habían vuelto a correr.

En cuanto llegaron a la ciudad se hizo de noche, las sombras se despidieron deseándose buena suerte.

La Sombra Perdida caminó por las calles, llegó hasta un parque; estaba tan cansada que se acostó en un banco y durmió.

En la mañana tempranito sintió que la jalaban del pie, abrió los ojos y vio que una Sombra de Perro quería morderla, se levantó de un brinco. La Sombra de Perro la perseguía. Dio vueltas hasta que encontró varios globos preparándose para remontar el vuelo, se agarró a ellos.

Los globos no sintieron el peso hasta que vieron a la Sombra Perdida en los cristales de un edificio.

—¡Oh! ¿Quién eres? —preguntó el Globo Azul.

—¿Cómo subiste? —preguntó el Globo Amarillo.

—¿Qué haces acá arriba? —preguntó el Globo Rojo.

—Soy una sombra, busco a mi dueño, subí para escapar de un perro —contestó.

—¿Eres miedosa? —quiso saber el Globo Azul, al ver que cerraba los ojos.

—No, no creo, no lo sé —dijo ella.

—Bien —dijo el Globo Rojo—, ahora deja de moverte o nos harás perder el rumbo.

—¿Sabes a dónde vamos? —preguntó el Globo Amarillo.

—No —dijo ella, meneando con cuidado la cabeza.

—¡Vamos al mar! —exclamó el Globo Amarillo.

—¿Conoces el mar? —quiso saber el Globo Azul.

—No —contestó tímidamente la Sombra Perdida.

—Nosotros vamos por primera vez... —dijo el Globo Amarillo y se alborotaron.

—¡Calma! —gritó el Globo Rojo, que era el guía—, o perderemos el equilibrio.

Estaban tan contentos que no se dieron cuenta de que el viento daba un giro y, sin poder detenerse, se estrellaron contra un pájaro.

El pájaro se atoró con los hilos; mientras más jalaba, más se enredaba. Al Globo Amarillo le comenzó a faltar el aire, el Globo Azul comenzó a toser, enseguida el Globo Rojo, y los demás dejaron escapar un silbidito. Perdieron el equilibrio y comenzaron a descender.

—¡Oh! —gritaron apretándose unos a otros— Vamos a caer.

La Sombra Perdida tomó los hilos, desenredó al pájaro, pero era demasiado tarde, los globos ya rodaban por el suelo desinflados. Se agarró a la pata del pájaro. De nuevo se vio por los aires.

La Sombra del Pájaro la miraba fijamente, hasta que se decidió a hablar:

—¡Oye, tú!, no creas que vas a volar con nosotros, ni siquiera tienes alas... —como ella no se movía, le gritó:— ¡Bájate de inmediato!, vamos. ¡Salta!

La Sombra Perdida miró hacia abajo, volaban muy alto, entonces le respondió:

—¿Crees que estoy loca?, si salto desde esta altura de seguro me romperé en cien pedazos.

La Sombra del Pájaro, sin perderla de vista, le dijo:

—Lo he pensado mejor: puedes quedarte con nosotros; pero eso sí, en cuanto lleguemos a la playa en busca de cangrejos tomas otro camino. ¡¿Entendiste?! Si no te vas, te picoteo.

La Sombra del Pájaro era bastante peleonera.

El pájaro iba por encima de los árboles, pero con dos sombras, su vuelo era lento.

La Sombra del Pájaro le lanzó una miradita traviesa:

—Bueno, por lo menos extiende los brazos para hacer contrapeso.

La Sombra Perdida estaba a punto de hacerlo, cuando advirtió que si lo hacía se estrellaría entre las ramas. No hizo caso a la Sombra del Pájaro, y se aferró con fuerza a la pata.





Rodearon una nube perezosa y de pronto el mar apareció. La playa parecía una sábana blanca. La Sombra Perdida no sabía cómo aterrizar y cayó sobre la arena, la suavidad amortiguó la caída.

Sin despedirse siquiera, el pájaro y su sombra se fueron a cazar cangrejos.

Cerca de las rocas, cinco niños construían un castillo, pensó que sería divertido ser una pequeña sombra. Al acercarse, las sombritas de los niños gritaron:

—¡Luchitas! —le lanzaron arena amontonándose sobre ella.

Se levantó escurriendo arena, las sombritas querían que volviera a jugar. Les dijo que no, que buscaba a su dueño.

Al instante la ignoraron para meterse al mar.

A la Sombra Perdida le dio miedo meterse, no sabía si el mar tenía sombra. Mejor no lo averiguaba, no sabía nadar.

Caminó hasta un árbol. Se sentó debajo y recargó su cabeza. Se le cerraban los ojos de sueño cuando escuchó:

—¡Sssh! ¡Sssh!

—¡Oh, no!, ¿qué sombra viene a importunarme? —dijo molesta. Abrió los ojos, pero no vio a nadie.

Volvió a escuchar:

—¡Sssh! ¡Sssh!, acá.

La Sombra del Árbol se movía por encima de ella, la Sombra Perdida se asustó, comenzó a disculparse.

—Perdone, no quise quitarle su lugar, yo busco un dueño, pero un árbol es un trabajo enorme, además soy una sombra pequeñita junto a...

—¿Quieres dejar de hablar un momento? —pidió la Sombra del Árbol.

—Hablo mucho, lo sé —dijo la Sombra Perdida—, perdone si lo he molestado.

Se levantó para irse, pero la Sombra del Árbol la detuvo.

—Espera, espera, pasa un rato conmigo, ¿cómo ves? Yo no puedo moverme de este lugar, me gustaría saber del mundo.

La Sombra Perdida se quedó callada, no sabía qué decir.

La Sombra del Árbol dijo:

—Dime, ¿qué te trae por aquí?

—Perdí a mi dueño —explicó, y le relató sus aventuras desde que se quedó dormida en la cueva.

—¡Vaya!, esa es una historia fantástica —dijo la Sombra del Árbol.

—No tanto, no tanto —aclaró—. Es triste vagar en busca de un dueño; en cambio tú no tienes que andar buscando tu lugar en el mundo, menos un dueño.

—Mi vida es aburrida, no puedo irme de aquí —respondió con tristeza la Sombra del Árbol.

—Mira, voltea un poco —insistió la Sombra Perdida— un poco más a la izquierda, ¿lo ves? Sin moverte, puedes contemplar el mar, los bañistas, los barcos.

La Sombra del Árbol sonrió, no necesitaba ir a otro lugar para hacer amigos, respirar aire fresco y sentirse contenta. Luego le dijo:

—Cuando uno se pierde, es importante quedarse parado. Si te hubieras quedado quieta... te buscarían en el lugar en que te perdieron. Si caminas y ellos también, podrían no encontrarse nunca, el mundo es demasiado grande.

—Quieta... —repitió, se había alejado de la cueva, había caminado mucho.

Abrazó el tronco del árbol y emprendió el camino de regreso, la gente no le hacía mucho caso, tal vez pensarían que sólo era una sombra más de las que hay por los caminos.

Todo un día tardó en llegar a la cueva. Nada más entrar escuchó una voz familiar:

—Recuerdo que la última vez que la vi estaba dormida sobre esta piedra —decía su dueño.

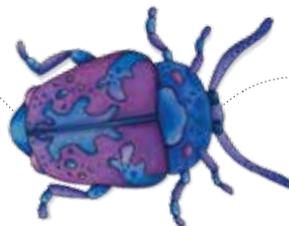
—¿Adónde pudo ir tu sombra sin ti? —preguntaban los amigos.

—No lo sé —decía el dueño—, pensé que las sombras estaban pegadas a uno y no podían perderse así como así, pero por lo visto mi sombra no. Ya verá cuando la encuentre...

La Sombra Perdida se acercó sin hacer ruido, se puso detrás de su dueño y esperó.

De inmediato sintió un brazo que la rodeaba. Su dueño estaba tan contento de tenerla de vuelta que se olvidó de regañarla.





El tictac de un corazón

A las 6:00 de la mañana, Hugo Canneloni llegó a Villa Spaletti para ayudar a su maestro, el relojero de la villa, quien se había roto la mano al caer de la escalera y tenía muchos relojes que reparar.

El joven relojero se instaló en el segundo piso de la relojería, y más rápido que un segundero se puso a trabajar. Pasaba el día entre engranes y cuerdas. Había relojes con el cucú ronco, otros sin manecillas, otros más con dos semanas de atraso, algunos sin minuterio, o con el número seis de cabeza. No tenía tiempo de asomarse a la ventana ni de conocer a los vecinos.

Trabajaba.

Amaba su trabajo tanto como las horas el día.

Como el destino no sabe de horarios, se las arregló para interrumpir las composturas horarias. Exactamente, a las 9:45 de la mañana del martes, el destino se presentó sin ningún aviso en la relojería. El mundo, el tiempo, los corazones, los relojes y el aire se detuvieron. Algo había trastornado el perfecto compás en que se movían.

Nicoletta Tortolinni entró a la relojería con el reloj de su papá, el banquero de la villa. El reloj se atrasaba, pero él no

podía atrasarse nunca. Su lema era: puntualidad y precisión. La compostura era urgente.

Hugo levantó los ojos y se encontró con los hermosos ojos de Nicoletta. Se miraron y, tras una exhalación de él y un leve parpadeo de ella, se enamoraron.

La acompañó hasta la puerta, y sin dejar de mirarla, se dio cuenta de que era su vecina.

A partir de ese día, Hugo perdió la concentración. Se le caían las manecillas, olvidaba apretar algún tornillo o extraviaba las piezas. Todos los relojes se atrasaron cuatro minutos y doce segundos.

Cada mañana, Nicoletta llevaba algún reloj a componer. Hugo escuchaba los desperfectos: el del comedor parece bostezar y enfría la sopa. El de la sala es demasiado silencioso, el del buró no despierta con el primer rayo de sol.

El joven relojero, entre que perdía las cosas y entre que soñaba con la vecina, tardaba mucho tiempo en arreglar los relojes descompasados; así que las quejas se acumulaban en la puerta.

Hasta que a Nicoletta se le acabaron los relojes.

Entonces, se puso un cascabel en el zapato para que él la oyera cada vez que salía de casa. En cuanto se escuchaba el tintineo, sonaban también las campanillas, los cucús de los relojes y el corazón de Hugo que se apresuraba a seguirla. Como por casualidad se encontraban en la panadería, en el parque, en la plaza.

Una mañana, al abrir la ventana de su cuarto, Hugo descubrió a Nicoletta en la suya. En ese momento comenzaron

los desvelos: las horas nocturnas deambulaban mientras ellos se miraban. A medianoche, Nicoletta cerraba la cortina, no sin antes mandarle a Hugo un beso con la mano.

Como el amor no se puede esconder, más pronto que tarde, todos en la villa hablaban de los enamorados.

Y como los rumores no se detienen así como así, éstos llegaron a oídos del banquero. El padre de Nicoletta lanzó un gruñido tan fuerte que el reloj de su escritorio se detuvo con un hipo. Prohibió a su hija que usara cascabeles, que mirara los relojes y que saliera sola.

Disimuladamente, Hugo iba 13 pasos detrás de ella. Dibujaba corazones en la fuente, en las ramas de los árboles, en el aire, en los papalotes. Ponía flores por donde ella pasaba. La veía de lejos y ella sonreía.

Una noche, Hugo fabricó un artefacto con latas que iba de un balcón a otro a través de hilos y engranajes. Se mandaban notitas de amor, caramelos y besos pintados. Hasta que una noche de lluvia, el viento movió las latas y éstas golpetearon contra la ventana. El banquero no podía dormir con tamaño ruido, fue a averiguar qué cosa era aquello y descubrió el artefacto. Ni qué decir, lo cortó de inmediato.

Al otro día, entró a la relojería y le prohibió a Hugo que mirara a su hija.

Luego mandó construir un muro altísimo —horrible— entre las dos casas.

Hugo se las ingeniaba para mandar palomas mecánicas fabricadas con piezas de relojería por encima de aquella pared hasta el balcón de Nicoletta. Cuando el banquero descubrió

los mensajes, ordenó clausurar la ventana con dos enormes tablones.

A las 11:00 de la mañana, a las 5:00 de la tarde y a las 9:00 de la noche, los cucús de la relojería repiqueteaban, pero en lugar de cucú, cu cú se escuchaba tú tú, tú tú.

El banquero se quejó con el maestro relojero y se dieron por terminado los conciertos.

Como Nicoletta no podía abrir la ventana ni ver el cielo ni usar cascabeles ni salir sola ni escuchar tutús ni hablar con Hugo, dejó de comer, de reír, de moverse, y enfermó.

Pasaron las horas, los días y las semanas, y la chica se apagaba sin remedio...

El doctor Ricolli diagnosticó: rotura de corazón.

El señor Tortolini caminaba preocupado de arriba abajo al paso de las horas sin saber qué hacer.

En su desesperación fue a buscar a Hugo Canneloni —quien tampoco comía ni dormía—. Con la cabeza baja, le explicó que su hija se moría, y le suplicó que fuera a su casa, tal vez al verlo ella se recuperaría.

Al entrar Hugo al cuarto de Nicoletta, ella movió la mano unos milímetros y eso fue todo. Hugo se acercó a la cama, dijo: “¡Ooohh!”, y una lágrima resbaló de la mejilla hasta la almohada. Ella intentó abrir los ojos,



pero sólo movió las pestañas y suspiró quedito. El suspirito encontró eco en Hugo, en el señor Tortolini, en el doctor Ricolli, en los que vivían en la casa. Salió a la calle y contagió a Villa Spaletti de una profunda tristeza.

Ni una sonrisa se dibujaba ni una risa quedaba en ningún rincón. Sólo se oían suspiros y lamentos: “¡Pobre Nicoletta!”.

—Un corazón roto es difícil de reparar, a lo mejor es demasiado tarde... —explicó el doctor.

Hugo sintió que el suyo se estremecía.

—Si pudiera darle mi corazón —dijo en voz alta.

—Tú morirías, y ella no querría vivir sin ti, muchacho —aclaró el doctor Ricolli aconsejándole calma.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó el joven relojero.

—Nadie puede hacer nada... habrá que esperar —respondió el doctor.

El silencio se instaló en el cuarto. Sólo se escuchaba el corazón de Hugo, los lamentos del banquero y los pasos del doctor.

Y de pronto, sin la menor cortesía, Hugo no pudo más y se marchó haciendo tremendo ruido por las escaleras.

Atravesó la calle y se encerró en la relojería.

Pasaron tres largos días sin saber de él.

Al cuarto día, el muchacho, ojeroso, pálido



y con un ligero temblor en las piernas, apareció en el cuarto de Nicoletta con un estuche azul. Entró sin saludar a nadie, su mala educación no pasó desapercibida, pero no era momento de reproches, y se dirigió al doctor Ricolli.

Hablaron en voz baja, de vez en cuando miraban a la enferma y volvían a murmurar.

El doctor llamó al señor Tortolinni.

Hugo abrió el estuche y le enseñó el hermoso corazón de oro que había fabricado. Funcionaba con un preciso mecanismo de relojería. Con el ritmo exacto de los latidos de un corazón verdadero tictac, tictac.

—Es la única esperanza... —dijo el doctor.

El señor Tortolinni accedió.

El doctor realizó el remplazo. Y el tiempo comenzó a deslizarse. El doctor consultó el reloj, también el papá de Nicoletta. Cinco minutos y nada. Otros ocho minutos más y nada. De pronto, ella abrió los ojos.

El nuevo corazón latía de maravilla. Miró al doctor, a su papá, buscó con los ojos a Hugo y sonrió. Se miraron y se volvieron a enamorar.

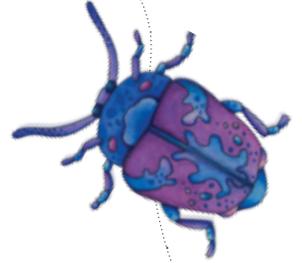
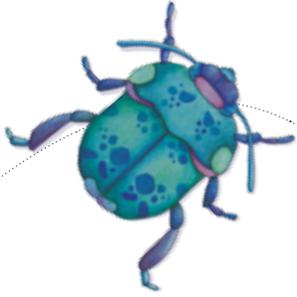


Hay que aclarar que, en ocasiones, el corazón de Nicoletta se atrasa un poco, exactamente cuatro minutos y doce segundos, pero nada que un golpecito en el hombro no pueda corregir.

Índice

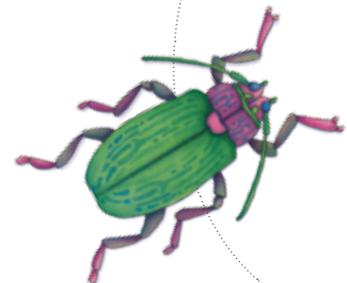
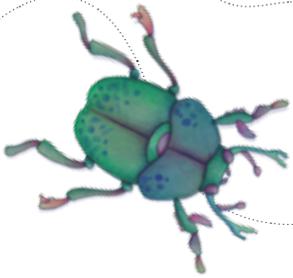
El gran miedo	9
El misterio del paquete azul	25
La princesa Puntos Suspensivos	35
El sueño más pesado del mundo	43
Zilah	57
La Sombra Perdida	67
El tictac de un corazón	75

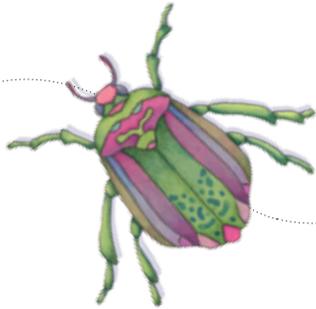
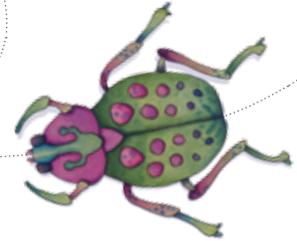
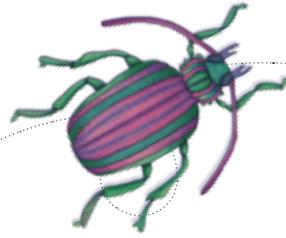




Ninah Basich

(Guadalajara, Jalisco) egresó del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Obtuvo el Premio Nacional de Narrativa Sonora “Gerardo Cornejo” (2007) y fue ganadora del Concurso de Cuentos Infantiles “Los niños del Mercosur” (2012), en Argentina. Entre sus publicaciones destacan: *Amores apretados* (2009); *Mujeres fatales* (2014); coautora del libro de ensayos *El hombre que fue jueves* (2014); los cuentos para niños: *Domitila y el mar* (2010), *Déjenme dormir* (2012) y *Señoras y señores* (2015); así como el poemario *Una luna como ninguna* (2016), traducido al maya.





Ricardo García Trejo

Se divierte explorando los senderos de la imaginación para plasmarlos en el texto. Es diseñador gráfico por la Universidad del Valle de Toluca. Actualmente diseña e ilustra libros para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. Entre sus trabajos como ilustrador destacan *Sharash y el regalo de Federico*, *El libro de los fantasmas*, *El origen del Estado de México* y *Todos los cambios*.

Siete cuentos imagirantes, de Ninah Basich, se terminó de editar en diciembre de 2017. Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp, y Charlatan, de Jakob Fisher. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Rocío Solís Cuevas. Formación y portada: Ricardo García Trejo. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.

